Dos fobias y otras virtudes

Maria Pozo Alonso

Capítulo 1

Yo físicamente, la verdad no me cuida mucho. Propósitos tengo, e intentos hago, pero me falla un poco la constancia. En lo que sí pongo verdadero empeño, es en estar bien de la cabeza (que mal ha sonado eso), me refiero a la mente. Y como sé que cuerpo y cerebro van unidos, y del primero paso bastante, tengo que duplicar mis esfuerzos para conseguir que el segundo, funcione decentemente.

Trato de entender mis debilidades y como no queda otra, las incluyo en mi curriculum. Da paz asumir que una no es perfecta.

Así, a bote pronto, reconozco que tengo dos fobias.

La primera, las cu.....chas.

En el domicilio anterior al piso en el que resido actualmente, que era un edificio relativamente moderno y aparentemente sin 'ocupas', un buen día, aparecieron. Como yo con aquello literalmente 'no-podía-vivir', tracé un plan, que cubría varios frentes. Lo primero ir al psiquiatra.

- 'Hola buenas tardes' - saludé muy correcta, y debí sonreír (suelo hacerlo por cortesía y además no estaba allí por una depresión o cualquier enfermedad mental severa...conocida). - 'Buenas tardes ¿qué te trae por aquí con esa cara?' - contestó el médico. - 'Tengo fobia a las cu.....chas' - le dije. - 'Pues aquí tenemos un montón' - añadió él. - 'Me tocó gracioso...' - pensé mientras hacía un veloz escaneo a las paredes y suelo de aquel despacho, por si acaso hablaba en serio...- '¿Nunca te han gustado los bichos?' - preguntó. - '¡Nunca!' - respondí yo. - '¿Y qué hacemos? Tampoco es para tanto...' - continuó el médico. - '¡No puedo hacerle la comida a mi familia, no aguanto más de un minuto en la cocina de mi casa, me he convertido en el capitán Garfio, abro cajones y puertas con tenazas, evito sentarme en sillas y más en sofás, utilizar el bidé es un verdadero calvario...levito encima de él!...' - le conté - 'Bueno, vamos a ver qué podemos hacer' - repitió pacientemente.

Me hizo un interrogatorio sobre mi vida, mis costumbres, mis preocupaciones, mis dolores y un montón de cosas más, y al terminar afirmó: - '¿Pero esa no es tu única fobia, verdad?'. - 'No' - contesté un poco cortada, me daba la sensación de ser un libro abierto para aquel hombre, y añadí - 'También me dan pánico las sucursales de los bancos, solo puedo entrar en las oficinas principales...' - expliqué. - '¿Y eso?' - se interesó. - 'A ver, es que cuando entro en una sucursal, estoy convencida de que detrás de mí va a aparecer alguien con un pasamontañas y una recortada diciendo 'esto es un atraco', y temo que si esto ocurre me dé un

infarto y me muera'.

El me miró, y empezó a escribir notas en su libreta...- '¿Le digo que siempre he sido muy miedosa...o ya lo habrá notado?' .

Me dio un tratamiento que seguí obedientemente, a la par que ponía en marcha los demás puntos de mi plan. Le 'rompí la cabeza' a la presidenta de la comunidad de mi edificio, para que solicitara al Ayuntamiento una fumigación urgente de las zonas comunes (por cierto si alguna vez tenéis ese problema, que sepáis que tienen obligación de hacerlo y de forma gratuita, al menos en mi ciudad) y contraté por mi cuenta a una empresa especializada en exterminación de plagas para que hiciera lo propio dentro de mi casa.

No recuerdo el nombre de la empresa a la que llamé, pero sí al profesional del exterminio que me mandaron.

Yo esperaba una cuadrilla de personas con indumentaria tipo antinuclear, provistas de bombonas de pistola con algún tipo de gas mortal para las innumbrables, y que a modo de Geos, entrasen en mi casa poco menos que dando un patadón en la puerta, o sea algo con peso, vaya. Pues nada que ver.

El día, y a la hora prevista para realizar los trabajos de fumigación, llamó al timbre un hombre joven, muy delgado, más bien bajo, un poco demacrado y que portaba un simple maletín de mano. Seco y serio en el habla, el chico, me preguntó: - '¿Dónde está el problema?'. Le acompañe hasta la cocina y le dije: - 'Aquí'. - '¿Hay muchas?' preguntó, - 'Bueno...realmente, solo veo unas dos o tres... y siempre de noche' - contesté. Yo no quería hablar más del tema, sencillamente quería que actuara, pero aquel ser humano insistía.... - '¿Y cómo son?' me dijo, -No son muy oscuras... no son muy grandes...tienen patas... son rapidísimas...' -expliqué sufriendo por tener que visualizarlas...

Hubiera preferido estar en cualquier otro lugar del planeta manteniendo cualquier otro tipo de conversación con cualquier otra persona. Pero no, allí estaba, con aquel individuo que parecía sobrino del conde Drácula, charlando sobre la fisonomía de mis 'animales favoritos'. - 'Son las rubias' - sentenció. - 'Qué bien... ipues ahora cárguelas por favor!' - pensé yo. Pero como si alguien le hubiera pedido información extra, él seguía: - 'Si usted ve una, es que hay cincuenta, si ve dos es que hay trescientas, si ve tres....; entran por todas partes, por las tuberías, por los enchufes, suben por los patios de luces...'. Yo ya no le escuchaba... Acababa de decidir que quería cambiarme de casa.

Al final, y a pesar de las apariencias, tanto la empresa como el empleado 'exterminator' resultaron muy profesionales. A tiro fijo, movió el lavavajillas de su sitio para 'explorar el terreno' de detrás y localizó el

foco. De su pequeño maletín sacó un botecito con una sustancia pastosa que resultó ser letal para las susodichas. Me puso como pequeñitos 'mocos' de esa cosa por toda la casa, incidiendo en los puntos que él consideraba estratégicos: ranuras, esquinas, 'debajos' de... y en un par de días dejé de verlas para siempre. Me mudé años más tarde pero por otros motivos.

A nada que rasques en la vida de los demás, te das cuenta que todos tenemos debilidades. Las fobias, miedos y defectos forman parte de nuestra vida y de nuestra forma de ser, en igualdad de condiciones que las virtudes, sueños o habilidades. Contra los primeros hay que luchar, y de los segundos, disfrutar. Y en ambos casos, si se puede, utilizar el humor como terapia complementaria (más el psiquiatra, claro).